

El pueblo que no quería crecer

FEDERICO ZERTUCHE

El pueblo que no quería crecer
Polibio de Arcadia
Editorial Océano de México,
Serie: Con una cierta mirada
México, 1996.

Raros son los libros que con rigor filosófico, agudo análisis sociológico y comparación intercultural emprenden la ingrata tarea de tratar de desentrañar, en su acepción literal, los íntimos resortes psicológicos y culturales de un pueblo y una nación como la nuestra sin caer en gastados historicismos, en monismos reduccionistas de análisis marxista o en simplismos folclóricos o coloquiales.

Por citar los más notables estudios de "lo mexicano", que por cierto no abundan, El perfil del hombre y la cultura de Samuel Ramos y El laberinto de la soledad de Octavio Paz son clásicos en su género por la agudeza y profundidad con que acometen su empresa como por su rareza bibliográfica, ya que fuera de ellos casi no existen ensayos sobre el tema con la lucidez, rigor, honradez intelectual y penetración cultural con que ambos pensadores sondearon el inconsciente colectivo de esa entidad llamada México.

Otro tanto podríamos decir de México, el trauma de su historia de Edmundo O'Gorman, raro y deslumbrante ensayo histórico filosófico, poco comentado y menos estudiado por nuestros intelectuales y, en algunos casos, hasta despreciado no obstante ser una de las cumbres de la filosofía de la historia en México.

Así que la aparición de un nuevo ensayo con similar rango de calidad intelectual y de hallazgos no sólo sorprendentes sino de excepcional lucidez, no puede sino ser bienvenido en un país y una nación que luego de ciento setenta y cinco años de vida independiente no acierta aún a asumirse plena, serena, consciente y maduramente como tal y como Estado soberano, responsable, justo, moderno y democrático.

El autor, al parecer un extranjero mediterráneo que ha vivido en nuestro país y que prefiere el anonimato selectivo amparado bajo el seudónimo del historiador clásico Polibio, natural de Arcadia, Grecia, ha dejado en manuscrito un amargo legado a los mexicanos. Pero la amargura que dosificada en cierta forma podemos identificar en sus páginas proviene del íntimo dolor que autor y lectores hemos experimentado larga, profunda y sinceramente al ver y vivir la postración y las derrotas recurrentes que al parecer son endémicas en nuestra atribulada Patria.

Si realmente Polibio despreciara a México no se habría siquiera tomado la molestia de escribir algo tan íntimo, prolijo y profundo, que indudablemente ha sido fruto de largas reflexiones e inquisiciones movidas por un extraño amor al país donde ha radicado y al que ha tratado de entender, de desentrañar.

Si con motivo de ello Polibio ha tenido que descender a los sótanos y cloacas que los mexicanos nos empeñamos no sólo en esconder sino en negar su mera existencia, y si en esos fangosos e inmundos territorios olvidados ha encontrado claves y códigos secretos

semejantes a los hallazgos de un desván o de una excavación arqueológica, pues entonces no se le puede culpar de ser curioso impertinente y menos aún de mala fe, pues el conocimiento, tal como lo prescriben los griegos clásicos, no tiene más frontera que la verdad y la ética que a ella está consagrada. No en balde O'Gorman subtítulo la obra señalada como *Ducit amor patrie*.

Así que desconfiemos más bien de las buenas conciencias que se escandalizan por la publicación de un libro de tal naturaleza y pontifican su descalificación, ya sea ignorándolo olímpicamente o condenándolo a través de moralismos sin sustento, de reacciones patrioterías o con el sempiterno expediente de no comprender ni conocer nuestra realidad e ideosincracia (más bien ideotincracia), como si los mexicanos por tener dicha nacionalidad fuésemos ineluctables para cualquier extranjero, que ser extraños fuese motivo cuando menos de sospecha ya no digamos de envidia y en ciertos casos de rencor.

Pues como bien lo señala Polibio, los mexicanos somos muy dados a regodearnos como pueblo único y *sui generis*, a creer que nuestras peculiaridades son por demás excelsas y originales, a mutar nuestros defectos y carencias en virtudes incomparables, a sentir que vivimos en el ombligo del mundo y, por lo tanto, despreciar e ignorar la otredad que percibimos más bien como amenaza.

Creo oportuno citar extensamente a O'Gorman para enfatizar sobre dicho fenómeno cultural; ruego, por tanto, una disculpa por apoyarme en demasía y valerme de ideas ajenas, pero es tal su superioridad y lucidez que no resisto pasarlas por alto:

"(...) el criollo colonial exaltó a una altura de excelencia y dignidad, más allá de toda proporción y medida, todo cuanto le era peculiar o entrañablemente suyo. Se valió para ello de los medios propios al encarecimiento en toda la escala de la realidad, desde el mundo de la naturaleza física hasta el sobrenatural, pasando por el histórico. Proclamó con pasmosa exageración conceptual y verbal la primacía en belleza, benignidad y riqueza de la naturaleza americana y la excelencia sin par de las facultades y virtudes de sus hijos, y no vaciló en reclamar la especial benevolencia con que los miraba y favorecía la Providencia Divina. Y si bien es cierto que tan extremosa autocomplacencia difícilmente podía persuadir a los extraños, lo cierto es que, pasando a la esfera de las creencias, invulnerables a las objeciones empíricas, logró para los propios el objetivo que la había motivado."

"El legado de esa creencia, de esa soberbia invulnerable a la realidad, encontrará su expresión en eso que se llama tropicalismo del alma iberoamericana, cuyas más notables manifestaciones puntualizamos en seguida."

"Un afecto desmesurado e indiscriminado a la exageración en lo bueno y en lo malo, y muy particularmente en la expresión verbal, tan propicio a la ocultación de la verdad y al halago de sentimientos y virtudes supuestamente poseídos en grado altísimo como rasgos característicos del espíritu nacional. La belleza y abnegación de la mujer, la extraordinaria potencia sexual del hombre, su temerario valor frente al peligro y su puntillosa dignidad ante la injuria. Y en otro orden, la proliferación de héroes purísimos, santos laicos que dejan, para guía y consuelo de todas las generaciones por venir, una estela de ejemplaridad y de sacrificio o de pronunciamientos de un patriotismo edificante henchidos de una profética sabiduría que los convierte en dogmas demagógicos del credo o grupo político en turno."

"Una no menos desmesurada e indiscriminada idea acerca de las inagotables y fabulosas riquezas naturales que hacen del territorio patrio la joya más preciada de la creación y, por consiguiente, el objeto de perpetuas y arteras maquinaciones dictadas por la envidia y la codicia de vecinos poderosos y carentes de ética, sin que la cruda y en

proporción considerable adversa realidad logre empañar tan beata visión, sistemáticamente corroborada por el panegírico de las exposiciones oficiales, los informes de gobierno y la siempre pronta, vigorosa y valiente denuncia 'en todos los foros' de las poderosas 'fuerzas oscuras' que impiden el cumplimiento de las doradas promesas."

"Y esa imagen de una naturaleza tan privilegiada se enriquece con el ciego crédito que se concede al vivísimo ingenio, superior inteligencia y extremada habilidad de los nacidos bajo su cielo, excelencias todas que, ya bajo la égida de un nacionalismo poco menos que patológico, se ofrecen como posibilidad de invención de una eficaz y revolucionaria técnica llamada a competir ventajosamente con la extraña, que, sin embargo, nunca acaba por enseñorearse de los talleres, fábricas y laboratorios".¹

A mi juicio, el principal alegato de nuestro Polibio descansa en la tesis por él sostenida, a lo largo de la obra de marras, en el sentido de que México nunca ha asumido plena y responsablemente lo que en teoría debió ser su principal deber como nación, a saber, la asimilación de las bases y principios de la civilización occidental que trajo consigo la dominación colonial española-europea.

Al parecer, la brutalidad de la Conquista y la resistencia anticolonial reafirmaron creencias, mitos, tabúes y valores prehispánicos caracterizados por un pensamiento mágico y tribal propio de las "sociedades cerradas" de las que habla y estudia prolijamente Karl Popper, opuestas por naturaleza a las "sociedades abiertas" que se distinguen por el supremo valor que se da en ellas al conocimiento racional y científico, a la primacía del derecho y sus instituciones sobre el tabú y el autoritarismo tribal y mágico, a la igualdad de los hombres y a la democracia como sistema de gobierno.

El sincretismo que permea en muchas de nuestras manifestaciones culturales, sociales, religiosas y políticas se manifiesta por ello de manera natural en el conjunto de la cultura y civilización mexicanas. En la forma somos occidentales, pero en el fondo subyacen elementos mágicos, irracionales, autoritarios, primitivos, violentos, que resisten y se oponen por naturaleza a la embestida civilizatoria que supone responsabilidades que asumen libremente los pueblos que se acogen al derecho, a la razón, a la justicia, a la democracia, a la madurez social, nacional y como Estado.

A ello se añade el modo constitutivo del ser criollo novohispánico que por cultura, tradición y pertenencia estaba atado a la España entonces adalid de la contrarreforma y "del programa de vida tradicionalista, absolutista, católico y enemigo de la modernidad" que representaba la Inglaterra y el mundo anglosajón de la Reforma. "Es suya, pues, la hostilidad hacia el mundo moderno, racionalista, científicista, técnico, liberal, progresista y reformador de la naturaleza."²

No obstante, los antiguos mexicanos no han sido ni con mucho el único pueblo conquistado, amén de que casi todas las conquistas se han hecho con semejante o peor rigor y violencia, sin embargo otros pueblos han asimilado con menor traumatismo a los conquistadores, su cultura, lengua e instituciones y sobre ellos han edificado o reedificado sus naciones. Valga el ejemplo de la misma España, producto decantado de múltiples conquistas perpetradas por muchas razas, culturas y civilizaciones. Los mexicanos ya no podemos roer por otros quinientos años más aquel trauma que afectó a una parte de nuestros antepasados e ignorar o despreciar que producto de dicho encuentro haya surgido nuestra nación y nacionalidad.

En todo caso, la que aún vivimos en México es una reproducción de la pugna no resuelta que dos mil años atrás vivieron las ciudades griegas, cuyo arquetipo y paradigma fue la tenaz lucha y las guerras libradas entre Atenas (sociedad abierta) y Esparta (sociedad

cerrada), certeramente descritas e interpretadas por Tucídides en su Historia de la guerra del Peloponeso; mutatis mutandi, con toda proporción guardada, es una reedición histórica de un añejo drama civilizatorio en el que la humanidad concentrada en una sociedad determinada da un salto espiritual atraída por la necesidad que impone el ejercicio de la libertad, por la fuerza del conocimiento y de la razón, por una ansiedad de justicia e igualdad irrefrenables en espíritus libres y conscientes.

Si nuestro Polibio toca y critica las cadenas que impiden a los mexicanos dar un salto de similar calibre y calidad para liberarnos de las tareas que nos atan como sociedad, nación y como Estado premodernos y cerrados, si descubre llagas que muchos conocen pero de las que a lo sumo hablan en voz baja y en secreto, en lugar de sanarlas, y si ello nos ofende y repugna, en lugar de sacar partido y provecho para superarlas, pues entonces pasarán muchos, largos y tortuosos años más para alcanzar nuestra madurez.

1 Edmundo O'Gorman, México, el trauma de su historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

2 Ibidem.